

Viaje y visión del ser en *Los pasos perdidos*

Germán Gaviria Álvarez

«Viaja ligero, pues todo lo que necesitas lo llevas dentro.»

J. García-Reyes

I

Hacía ocho meses y cinco días que no había vuelto a ver el libro que escribiera en Venezuela sobre *Los pasos perdidos*, y encontrarme con la segunda parte inconclusa, donde trataría el tema del regreso, me producía el más hondo desasosiego. No sólo porque en la novela este tema es un corolario al de la ida, sino porque en mí crecía la sensación de que la travesía aún no había terminado. El tiempo parece detenerse cuando se regresa al mismo punto, cuando se habla de las mismas personas, cuando los actos se repiten, cuando parece haber un salto entre el «antes» de emprender un viaje y el «después». Pero en seguida del viaje, el salto dado tiene la apariencia de ser más estrecho, que la memoria se contrae. Entonces todo es ilusión lejana, en cuyo estado sólo cabe la mirada estática. Nada destruye más al humano que el deterioro de la memoria, y nada dobllega más al espíritu que la inmovilidad del cuerpo, que el congelamiento de la mente, que sostenerse en un horizonte que pertenece al pasado. La escritura renombra la memoria y da la idea de que ésta no ha sido devorada como una hoja por los insectos. La escritura recoge fragmentos, ordena, cartografía sus parcelas y sus linderos, traza el mapa nuevo donde nos moveremos. La escritura representa un estado remoto, aquel que deseamos recuperar con exactitud. Pero en el tiempo evocado la fidelidad es imposible. Nada es más traicionero para el escritor que dar rienda a este afán: hay un tiempo para la creación distinto al de los acontecimientos. Cuanto más, el escritor se beneficia de su bagaje y guarda en el presente algunos pasos que había perdido.

II

Entre Caracas y el Pico del Águila¹, una casi a nivel del mar y otro a 4000 m, media la síntesis de una parte de la geografía de la novela. La

¹ Uno de los páramos más altos de los Andes venezolanos. Es probable que sirviera de modelo para ubicar el punto donde el Protagonista halla a Rosario.

medida del hombre es superior a la del ángel que plantea San Juan en el Apocalipsis²: la dicta el tamaño de los pasos que da, de los territorios a los que llega, del espacio imaginado. Si Hernán Cortés³ en carta a Carlos V reconoce su estrechez lingüística y cultural frente al Mundo Nuevo que sus botas hollaban, es necesario destacar que para él este era el paraíso único sobre la Tierra, donde se puede bautizar otra vez todo –seres humanos, animales, plantas, orografía–, y escribirla en el entendimiento del hombre renacentista que no puede desplazarse a América. Es la figura exacta de Adán el primer día de la Creación, aquel famoso *Adán nombrando las cosas* de Blake, en cuyos labios y dedos el mundo adquiere la forma que las palabras y los actos proporcionan. Se entiende que esta afirmación en el mundo por la palabra articulada supera a la de su Creador quien lo lleva en un viaje por las Eras sin otro fin ni otro objeto que el de buscarse a sí mismo. A lo mejor, es en la ida donde deben caber todas las preocupaciones del viajero, pues ha de llegar desnudo a un mundo que sus palabras deben crear, aquel donde encuentra sentido a su existencia. Es cuando el tema del retorno es imposible de concebir, pues el único regreso posible está en la reconstrucción de la memoria fragmentada⁴.

Cuando en 1947 ó 1948 Carpentier inicia su ascenso hacia la cumbre de los Andes⁵, sella una de las travesías más dinámicas y creativas que alimentará su obra. Quizá un año había transcurrido desde que avistara los dilatados dominios de Canaima⁶ en la Gran Sabana con los yugos de su abuelo, Alfred Clerec Carpentier, buscador de El Dorado y Gobernador de la Guayana cien años atrás, en un vuelo de un par de horas desde Ciudad Bolívar hasta Santa Elena de Uairén⁷, y empezara a construir personajes de ficción a partir de aquellos a quienes estrechara la mano. Lucas Fernández Peña y su esposa –una indígena waica– y el padre Valdearenas, son la esencia humana y novelística de «personajes robot»⁸ como el Adelantado y Montsalvage, Rosario y Fray Pedro de Henestrosa. Los ámbitos del creador son los de las criaturas que crea, y

² Carpentier, A. *Visión de América*. Buenos Aires: Losada, 1999, pp. 23.

³ Cortés, H. *Cartas de la conquista de México*. Madrid: Sarpe, 1985, p. 23-38.

⁴ *En Los pasos perdidos, el tema del regreso está en términos de reconstrucción, antes del pasado, de la memoria.*

⁵ *En: Visión de América. pp. 65-73.*

⁶ *Este mito tamanaco aparece en Los pasos perdidos, en su cuento «Los advertidos» y en el texto El Salto del Ángel en el reino de las aguas.*

⁷ *En: Visión de América, pp. 21-26, 45-54.*

⁸ López Lemus, V. (compilador). *Entrevistas. Alejo Carpentier. La Habana: Letras Cubanas, 1985, p. 330.*

en *Los pasos perdidos*, los territorios donde éstas se inscriben comprenden la geografía compleja que el autor llevaba dentro: la de América. En 1926, Carpentier se había encontrado con Diego Rivera en Ciudad de México⁹, y allí comenzó a entrar en la historia y a valorar el sentido del espacio y del tiempo en el hombre americano, tan distinto del que él descubriera en Europa unos años después. Y sólo hasta ahora, sobrevolando la Gran Sabana, viendo dónde comienza o dónde termina la selva, comprendía que viajaba en el tiempo, como si cada vuelta de las hélices de la bimotor lo llevara al principio de todo, cuando los Hacedores abrían cascadas de mil metros con la uña para aquietar la sed, cuando rondaban por la tierra trasladando montañas en los hombros, cuando talaban con un hacha árboles colgados del cielo para formar tepuyes¹⁰. Pocas veces se tiene la fortuna de hallar tierras inexploradas, pero es más raro aún llegar a ellas y ver el tiempo detenido por el concurso directo de sus dioses. Pero la Gran Sabana, donde el Escudo Guayanés es la última atalaya, la última morada, también es madre de esfuerzos colosales, aquellos que llevaron a Ordaz y a Quesada, a Raleigh y Berrío a entregar sus fatigas a las trampas de *El Dorado*¹¹.

Apenas veinte años habían transcurrido desde que Lucas Fernández, después de atravesar la Gran Sabana a pie¹², de fundar ciudades y poner mojones en la frontera con Brasil, de andareguear por la selva con alguna reliquia oxidada de conquistador alucinado con las enseñas de la Cruz, cuando Carpentier vio que allí era posible encontrar el barroco en una ojiva trazada con dos maderos cruzados en una «iglesia» de bahareque¹³. Asistía a los inicios de la evangelización española en América en cabeza del padre Valdearenas, sacerdote de la primitiva Ciudad de Enoch que en ese momento era Santa Elena de Uairén, al nacimien-

⁹ Chao, R. Palabras en el tiempo de Alejo Carpentier. *La Habana: Arte y literatura*, 1985, p. 227.

¹⁰ *El Escudo Guayanés abarca el sur de Venezuela, el sur del Orinoco, el sureste de Colombia, el norte de Brasil amazónico y la totalidad de Guayana, Surinam y la Guayana Francesa. En pemón, Gran Sabana es Teipun o Wek-tá, lugar de cerros. La primera vez que se utilizó el nombre de «Gran Sabana», fue en un escrito del explorador catalán Juan María Mundó Freixas en la revista Cultura venezolana, de 1929. Oficialmente, por decreto del presidente, general Eleazar López Contreras, se ordena el estudio del área en 1938. En el texto La Gran Sabana: mundo del Génesis, está en Carpentier el germen de «La Capital de las Formas», al plantear, a partir de las visiones de esta geografía y de los Tambores de Amalivacá, la noción de forma revelada, arquetipo de la geología del primer día de la Creación.*

¹¹ Raleigh, Sir Walter. *El descubrimiento del grande, rico y bello imperio de la Guayana*. Caracas: Juvenal Herrera, 1986.

¹² En: *Visión de América*, pp. 45-54.

¹³ En: *Visión de América*, pp. 35-43.

to de las ciudades en nuestro continente, y al planteamiento del problema de entregarse a la escritura creativa y no tener dónde registrarla. Frente a ese Adelantado que atesoraba cuadernos vírgenes que venían de Manaos o de Ciudad Bolívar, como si fuera el artículo más precioso donde el hombre se da por completo a la pasión creadora, se inicia el viaje de retorno del Protagonista de la novela a la ciudad que desandaré los pasos dados y marcará la espiral del tiempo que todo fragmenta, que todo destruye y sigue hacia lo desconocido.

III

Distinta de la noción de viaje que nos entregaran Goethe y Humboldt, Montaigne y Locke en su obra, como *Bildung*, aventura, transformación múltiple, interior y exterior, como metáfora de la formación, en *Los pasos perdidos* significa recuperación de las calidades humanas y de la pasión creadora, despojarse de los signos opresivos o vanos de la cultura y sus referentes librescos, liberar la memoria de la biblioteca que se lleva dentro como el lastre que ahoga toda pasión creadora. Sin embargo, el Protagonista no se transforma como Arturo Cova en *La vorágine*¹⁴, quien viaja llevando en la frente el signo de la locura. El Protagonista, en tanto que ser humano, paulatinamente *es*. En él, el tiempo evoluciona hacia atrás, y cuando el espacio le obliga a romper toda relación con los símbolos de su cultura, se reconoce en su condición de hombre único en esa tierra donde la soledad ante la vida y ante sí mismo es todo. Lo importante no es ir de un lugar a otro, «llegar», es *sufrir* una transformación, y superándola, llegar a *ser*. Sólo en quien sufre las pupilas mutan, pues más allá de una educación didáctica, el pensamiento se afirma, los sentimientos se definen y la estética deja de ser una paleta de posibilidades para entender *la forma de ser* como destino, no a través del canon que impone la educación de la que cada uno es dueño. Aunque algo análogo sucede con los viajes espirituales y los intelectuales, con los místicos y los artísticos, con los viajes emocionales y los sentimentales (Sterne, Flaubert), pues sólo cuando se derrumban los modelos practicados y se ahonda en ellos de manera inesperada, hay un choque, y se empieza a *ser*. Entonces las pupilas se agrandan, los brillos se concentran, y cuanto se ve es transformación, *la-forma-nueva-que-yo-soy*. Por ello, los viajes terminan cuando el dra-

¹⁴ En: López Lemus, V., pp. 39, 111-112, 139, 177, 257, 281, 417-418.